

Artículo de opinión:

Diciembre de 2006

Autor: François Pérez Ayrault, director comercial de INFOVA

Los propósitos para el nuevo año ¿Probamos con valores?

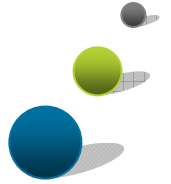
Es Navidad y acometeremos 2007 con una lista de buenos propósitos. Y como cada año, la mayoría de los mortales fracasaremos en tan loables intenciones. Es tan predecible por repetido este comportamiento que me he atrevido a definirlo como un acto de “prevaricación emocional reiterativa”. Prevaricación entendida como dictarme un propósito a sabiendas de que no lo voy a cumplir, emocional, porque es en el lugar de las emociones donde pago el precio, y reiterativo porque no aprendo y cada año hago lo mismo. ¿Qué hago? ¿Asumo mi falta de voluntad y la disfrazo con ironía y sarcasmo fácil? Somos tantos que es fácil encontrar consuelo entre tantos iguales. El tiempo pasa y nuestra estima personal entra en caída libre incapaz de asumir tan saludables compromisos.

Ahora me rebelo contra la indolencia de creer que es imposible y, por ello, ni siquiera intentarlo. A estas alturas ya he aprendido que acciones distintas provocan resultados diferentes. Y el pasado año probé a dirigir mis esfuerzos hacia los principios y los valores.

En el ámbito empresarial se discute y se reflexiona acerca de los principios y valores, de su necesidad, de su importancia, incluso estratégica, de su dimensión social y ética; en la que ya interviene la Responsabilidad Social Corporativa para inspirar y promover la coherencia entre valores y comportamientos. Es fácil observar que una mayoría de los valores y principios expresados por las diferentes organizaciones son coincidentes, matiz más o menos. Una cuartilla bastaría para citar la mayoría de los propugnados e impulsados por las principales empresas. Naturalmente me refiero a valores como la honestidad, la integridad, el respeto, el servicio, la responsabilidad, la excelencia o el compromiso.

Es posible que para muchos trabajadores y directivos ésta sea una cuestión baladí. Y es baladí porque al observarlos nos retrotraemos a esa “prevaricación emocional reiterativa”. Sin entrar a un análisis más crítico, nuestras creencias y prejuicios ya nos dibujan, fatalmente, la imposibilidad de ser coherentes con los valores expresados por nuestra empresa. Quizás, empezando por creer que es la empresa misma la que no es coherente. Pero no olvidemos, que es de nuestra exclusiva responsabilidad ser o no ser coherentes y participar, o no, de esos valores.

El año pasado decidí que los propósitos para el nuevo año fueran ser comprometido y ser coherente. No porque nunca lo haya sido, sino porque la diferencia radicaba en destinar voluntad, energía y esfuerzo en su observación, evaluación y cumplimiento. ¡Y ha funcionado! Los valores son una guía, un marco de juego, una referencia que nos permite dirigir el comportamiento hacia nuestra plena realización. En sí mismos son una dirección a seguir y adquieren consistencia en el momento que podemos valorarlo a través de nuestro comportamiento. Piense por un momento en cómo sería su organización si cada vez más personas se comprometieran con los valores y principios dimanados de sus objetivos. Tenemos más sabiduría y más talento del que estamos dispuestos a admitir, y claramente, podemos observar las



desviaciones entre el ideal de nuestro comportamiento y su realidad. Y a partir de ahí, hacer los ajustes oportunos.

¿Y porqué el compromiso y la coherencia? Invariablemente nos identificamos más con unos valores que con otros. Estos son percibidos subjetivamente. Tamizados por el filtro de nuestro conocimiento y nuestra experiencia, no significan lo mismo para unos que para otros. Pero los valores lo son con independencia de nuestra visión. La integridad, por ejemplo, siempre será un valor, más allá de si usted o yo somos o no somos íntegros.

Ser comprometido me permite analizar sus resultados en todos los órdenes de mi vida: alinearme con los objetivos de mi organización y hacerlos míos, cooperar y apoyar a mis colegas, ser más eficaz, cuidar mis relaciones, asumir responsabilidad, escuchar y pedir; y todo esto extenderlo al ámbito privado: mi familia, mi salud, mi formación. Ser coherente me exige alinear mi pensamiento con mis acciones, observar sus desviaciones y realizar los ajustes oportunos.

Este año repito. No imaginaba que sus resultados podían ser tan satisfactorios. Ahora observo con cierta distancia y un punto de sarcasmo cada fin de año que transcurría con tres propósitos: inglés, gimnasio y dieta, y sus resultados: más gordo, menos fuelle y desaprendiendo hasta el español. A ver que tal se da 2007.